

# Mi Julieta

Denise Dresser



Julieta Campos

Cada quien tendrá su Julieta. La escritora destacada, de la pluma fina, inquietante, deslumbrante. O la funcionaria pública que remozó el Paseo de la Reforma y lo llenó de flores. O la esposa del gobernador de Tabasco que dejó parte de su corazón enterrado allí. O la analista que nunca pudo dejar de preguntar: “¿Qué hacemos con los pobres?”. La Julieta de unos y de otros. Poliédrica. Polifacética. Mujer de múltiples talentos, atrapada en un duelo incesante entre escribir y hacer; entre ser testigo de la realidad o influir en su paradero. Atorada en el enigma hamletiano de quienes quieren ser cartógrafos de México y quienes aspiran a acelerar su ritmo lento. Apasionada del país que adoptó e hizo suyo después de lo que ella misma llamó sucesivos “cambios de piel”. Tantas formas de verla, apreciarla, añorarla.

Mi Julieta es la que recuerdo bebiendo martini de manzana en aquel restaurante en donde nos reuníamos para hablar de todo y de nada. Del rostro rofísurado de México. De Andrés Manuel López Obrador y sus claroscuros. De los hijos y cómo le hubiera gustado remontar la distancia con el suyo. De su amor por Enrique y mi amor por John. De lo que ella llamaba “la tentación funesta” que los intelectuales sienten por el poder. De libros que habíamos leído y de todo lo que nos faltaba por leer. Compartiendo —como siempre— un helado de chocolate al final de la tarde. Ella —como siempre— vestida de falda corta y tacones altos y colores cálidos y texturas insólitas. Yo —como siempre— admirándola. Deleitada con su voz. Embriagada con sus historias. Mi amiga con la cual era posible hablar de Thomas Mann

el escritor y de Tomás el peluquero, en un recorrido que iba de lo sublime a lo trivial. Como en las amistades de a de veras. Las que a uno lo hacen sentir profunda y permanentemente acompañada.

Julietta, la que relata en *Gritos y susurros* su entrega apasionada a los experimentos de desarrollo integral en Tabasco. La que entrega una crónica de ensayos y errores, para educar y generar conciencias y rescatar artesanías y reestablecer el pacto con la tierra y los orígenes. La que describe cómo una intromisión intempestiva de la vida política cataliza algo nuevo en ella. Una energía distinta que la mete en vidas ajenas, en el toma y daca cotidiano, en el quehacer práctico. Allí, de pronto, una mujer de ascendencia cubana, intelectual, educada, refinada, parada en la intemperie de la pobreza en México. Allí, de pronto, descubre ese enorme déficit de fraternidad que la hace cobrar conciencia.

Y la lleva a participar, trabajar, involucrarse en el país que le reclama hacerlo. Tabasco es sacudida. Reproche. Aguijón.

Pero a la vez, se vuelve una “temporada en el nirvana”; en la humedad intensa del altiplano, tan parecido al de su Cuba lejana, y a su infancia remota. Julieta pasea rodeada de plantas devoradoras y pájaros amenazantes. Camina entre pavorreales, faisanes, gallinas de Guinea, cojolites, pijines picoteadores. Cumple con el sueño infantil de vivir en un palacio encantado, atmosférico, frondoso, desbordado. Se tumba bajo lo que después llamará *El lujo del sol*. A sabiendas de que la suya es una jaula de oro, pero una jaula al fin.

Julietta, de regreso, sentada durante diez horas diarias, cuatro días de la semana y a lo largo de cuatro años. Presa de una necesidad imperiosa: explicar el vuelco en su visión del mundo que había generado la experiencia en Tabasco. Empezar un rastreo subterráneo en las entrañas del tiempo mexicano. Tratar de saldar una deuda con la mitad mexicana de su identidad. Y el resultado: *¿Qué hacemos con los pobres?*, un “memorial de la desmemoria, una crónica del olvido; un recuento de la reiterada relegación a la irrealidad que el país afortunado

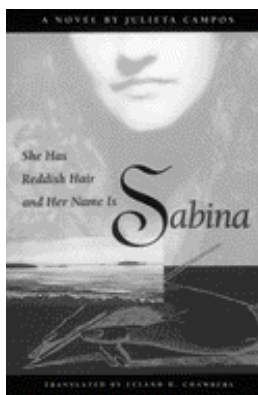
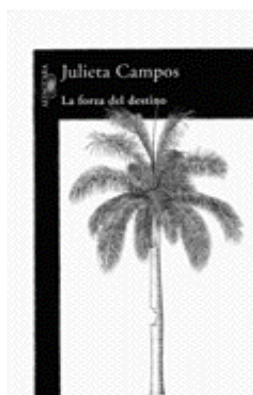
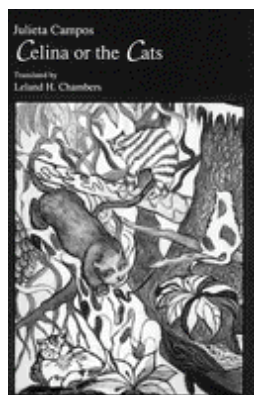
ha ejercido sobre el país anónimo, sin rostros y sin palabras”. Ella sabe como deberían saberlo todos: sobre el tablero aún se disputa el derecho de los mexicanos a vivir dignamente. Ella intenta rastrear los callejones que configuran el laberinto de la pobreza y procura desentrañar los hilos que señalarían hacia una salida.

Julietta, la que plasma una intensa vivencia personal en el “otro México”: el país tradicional, el país campesino, el Sur palpable, con rostros de carne y hueso. La pobreza deja de ser una abstracción y se vuelve una afrenta que hace suya. Ante el país impávido y recalcitrante, alza la voz en nombre de los rezagados, los macilentos, los marginales. Exhorta a los sectores más despiertos de la sociedad a entender que la pobreza es un hoyo negro para los pobres pero es, también, un riesgo para los más ricos. Palabras suyas de un libro publicado en 1995 que resuenan en el 2006 y explican por qué la elección se convirtió en una reiterada querrela por la nación. Los dos países que ha sido México tienen que reconciliarse y ser uno solo. La única opción es la democracia y Julieta cree en ella. Por el lugar de donde vino y el lugar al que llegó. Por las lecciones cubanas que inspiran reflexiones mexicanas.

Julietta que se empeña en narrar en *La fuerza del destino*—su última novela— la Isla. Como si Cuba, de un momento a otro, fuera a desaparecer. Como si fuera pecado y salvación, naufragio y utopía. Allí escribe y con razón, que para muchos mexicanos Cuba es pasado y noche; pero para algunos sigue siendo futuro y día. Amenaza de infierno, oferta de paraíso. Realidad hiriente y poesía viviente. Revolución traicionada y Revolución asediada. Galeón de maravillas y barquito de papel. Nada y todo. De allí las contradicciones. De allí los conflictos. Cuba pone a México frente al espejo.

Julietta, la que escribe:

Estamos en 1959. Estamos en el principio. Me llamo Fidel Castro. He llegado para adueñarme del Destino. He llegado para instalar, venturosamente, el futuro. No hay vuelta atrás. Conmigo el presente da un salto prodigioso. Aquí empieza todo y termina todo. Cuba libre aunque cueste



todo vestigio de civilización. Nos bastamos y nos sobramos. Soy generoso. Soy honrado. Soy digno. Soy sabio. Soy viril. Soy. YO soy la Revolución. YO soy el Pueblo. YO soy la Nación. YO soy la Patria. YO soy Cuba. Yo, que me llamo Fidel. Comandante en Jefe. Todos a la Plaza conmigo. Cuba, territorio libre de analfabetismo y hambre.

Julietta también anclada, de paso, en abril de 2003. Convertida en Elizardo Sánchez. Diciendo:

Soy un disidente. He visto cómo el líder se va convirtiendo en un tirano. Hablo contra los informes, contra las delaciones, contra los espías, contra las anteojeras, contra las doctrinas. Me doy cuenta que mi Revolución no era como yo la había soñado.

Julietta metamorfozada es Os valdo Payá, el fundador del Proyecto Varela. El que quiere convocar a un referéndum. El que propone cambios pacíficos y graduales. El que pelea por una apertura económica y por una Amnistía Política. Rodeado de amigos condenados a veinte años. Por hablar. Por argumentar. Por disentir. Por pensar en qué hacer cuando Fidel se muera. Por pensar en un proyecto de nación antes que Miami imponga el suyo.

Y mientras tanto —escribe Julieta— Cuba es lo que siempre ha sido. Una lucha constante. Atrapada en sus contradicciones. Descalza, hambrienta, educada, en harapos, la Isla. Fragmentada. Quebrada. Solitaria. Las generaciones futuras tendrán la última palabra. Dirán si la Plaza se llenaba por convicción o por doble moral. Si respetaban al viejito o se reían de él. Si Fidel estaba equivocado o si no lo estaba. Si la pesadilla en la que vivieron era preferible a lo que pudo ser la otra. Si se levantaban

todos los días con sólo dos ideas en la cabeza: cómo conseguir unos dólares para ir a pasando y cómo irse del país lo más pronto posible. Si vivían con orgullo o miedo. Si la isla era una trinchera contra el imperialismo o un sepulcro para sus habitantes. Todos nomás están esperando que Fidel se muera. Eso es verdad.

Verdad para la Julieta de todos, la figura pública, la ensayista admirada, la intelectual reconocida. Autora de un montón de libros con nombres sugerentes como *El miedo a perder a Euridice* y *Los relatos de Celina y los gatos*. Directora de esta revista. Presidenta del PEN Club México. Colaboradora de numerosos periódicos y diversos suplementos. Esposa del embajador en España donde asistía a recepciones y las daba. Llena de gracia. Cálida. Precisa. Elegante. Con cabellos tan rojizos como los de Sabina, protagonista de una novela que le valió el Premio Xavier Villaurrutia. Para quien la embriaguez del “hacer” que la llevó a colaborar en el Gobierno del Distrito Federal, en tiempos recientes se había desvanecido. Y por ello regresó a su casa, a su escritorio, al lugar donde podía nutrir hacia dentro en vez de verter hacia afuera. Donde podía recuperarse de la magia pasajera y engañosa —decía, de dejar una huella duradera en la realidad “real”. Donde podía retirarse de ese lugar donde transcurren las vidas de todos para refugiarse en la propia. Y desde ese sitio recuperar la confianza en el uso de la palabra. Volver a ser lo que siempre fue: escritora hasta en los últimos días.

Sin embargo, mi Julieta pertenece a otro mundo. El mundo de la amistad que construimos a pesar de los treinta años que nos separaban. Es allí donde la guardo y la atesoro. Es allí donde la recuerdo en los últimos meses, delgada, diminuta, intentando comer aunque le faltaran las ganas de hacerlo. Pidiendo dos cucharas para compartir el postre como solíamos, pero la suya se quedaba quieta, escondida debajo del plato. Julieta parada afuera de mi casa, cargada de regalos. Un rascador para la espalda hecho con bejuco, que compró en la carretera de camino a su casa de campo en Tetecala. Un frasco de miel. Un libro dedicado a la “princesa Denise” con las palabras “admiración y afinidad”.

Pero yo no quiero esas palabras inanimadas, escritas con pluma fuente sobre un pedazo de papel. Yo quiero hablarle, como no alcancé hacerlo en las semanas antes de su muerte, para pedirle que sigamos comiendo helado de chocolate juntas. Para rogarle que vayamos a comprar estambre porque quiero una bufanda provocadora y multicolor como las que ella tanto usaba. Para agradecerle esas tardes compartidas, amables, luminosas. Y decirle que al escuchar la noticia de su muerte me acordé del poema de César Vallejo; ése que habla de los golpes en la vida, tan fuertes. Golpes como del odio de Dios, como si la resaca de todo lo sufrido se empozara en el alma. El alma encogida de quien hoy honra a su Julieta Campos. Bienamada. Extrañada.



© Paulina Linares